

Gregoire Chamayou
**Las Cazas del Hombre. El ser humano como presa de la
Grecia de Aristóteles a la Italia de Berlusconi¹**
Madrid: Errata Naturae, 2011

Caza y poder

1

En un ensayo con aroma a Foucault, Gregoire Chamayou nos propone un viaje a la historia de la Caza. Caza con mayúsculas porque se refiere al humano como presa. Pero advierto: no se dejen equivocar por la dimensión de esta obra, ni por la aparente liviandad narrativa, ni siquiera por la arbitraria selección del material histórico que incrusta. Al fin y al cabo no es un libro de historia estrictamente, aunque también lo es. Se trata de una guía gnoseológica sobre el ejercicio del Poder a lo largo de la experiencia humana. Ejercicio que en este caso es examinado en su manifestación más apabullante y totalitaria, es decir la inapelable soberanía para decidir quién vive y quién muere, quién caza y quién es cazado. Al tiempo que indaga en los principios filosóficos, intereses materiales de los núcleos dominantes, paradigmas civilizatorios de cada fase histórica, que interpretaban esta caza humana como una manifestación más del “orden natural de las cosas”.

Para cumplir con su destino heroico a los jóvenes espartanos les era legítimo entrenarse cazando y matando en razzias nocturnas a los desgraciados ilotas. O que Voltaire “entendiera” el futuro de cadenas en la esclavitud que esperaba a los hombres de pieles negras cazados en África, consecuencia de su propia flojedad culposa (recordar la *Histoire Naturelle* de Buffon y la debilidad humana intrínseca a la “tórrida zona”) o de su incapacidad de rebeldía (Hegel). O que Le Bon se esforzara en indagar sobre el hecho extremo, pero natural, de la jauría humana a la caza del chivo expiatorio. Y cómo no, que Ginés de Sepúlveda en el Debate de Valladolid (1550) sostuviera ante La Casas, en la que quizá fue la

¹ Una primera versión de este texto se presentó como conferencia en el contexto del proyecto "Nuevo Ensayo. Conversaciones con jóvenes ensayistas", organizado por CENDEAC (Centro de documentación y estudios avanzados de arte contemporáneo) y ASEFI (Asociación de estudiantes de Filosofía) en Mayo del 2013.

argumentación de mayor densidad teórica, aunque de irresoluble sofismo², la potestad que nuestra superioridad moral y cognitiva concede a nuestro soberano para cazar, esclavizar o exterminar al indio americano, tipificándolo ahora no como esclavo sino como “inferior por naturaleza” (deshumanización).

Con las “pieles negras” (trata de esclavos) la Caza se incrusta en una nueva lógica ahora desprovista de referencias aristotélicas: la de la racionalidad económica, operada en el contexto de la acumulación originaria de capital. Desplegando características y ontologías que como veremos más adelante se mantienen hoy con radical vigencia. Efectivamente ahora no habría nada que justificar, simplemente la nueva maquinaria de producción y lucro necesitaba combustible humano y, a ser posible, en la invisibilidad. ¿Qué ocurría, si no, en las infames colonias productivas del rey Leopoldo de Bélgica en su coto privado del Congo? J. Conrad emitió señales cifradas, R. Casement acabó pagando con su vida desvelar el tabú de los hombres cazados, exprimidos y mutilados, y tuvo que transcurrir un siglo hasta que la historia se tomó en serio la crónica de esa infamia (Hochschild, 2007). ¿Para qué preocuparse de minucias si el resultado de aquella verdadera “colonia penitenciaria” (recordar Kafka) alimentaba la prosperidad y el lucro de una Europa en dirección al abismo?

En esos días el Congo era una experiencia de Caza más en el archipiélago de cotos sobre el que cabalgaba el capitalismo global. En el Putumayo amazónico decenas de miles de indios eran cazados, engrillados al trabajo forzado de las plantaciones caucheras, donde sobrevivían dos o tres años, y cazados y muertos cuando huían. La ferocidad de las batidas que la Casa Arana organizaba para capturar los fugados eran safaris conducidos por rastreadores expertos y pistoleros sanguinarios (Pineda, 2003). La norma seguía la recomendación del dictador mexicano Porfirio Díaz: “atraparlos rápido y matarlos en caliente, en ello inflexibilidad”. Si la Casa Arana era la principal proveedora mundial de goma para la industria del automóvil, las haciendas de henequén en Yucatán surtían de sacos y tejidos bastos al comercio de Norteamérica y Europa. El periodista de Los Ángeles J. K. Turner dejó constancia en su invaluable *México bárbaro* (1908) de lo que había visto durante su periplo de un año por la geografía de las haciendas mexicanas. Su descripción coincide, en esencia, con los informes de Casement sobre el Congo o con los relatos sobre la caza de indios en las plantaciones caucheras.

² Identificado en la magistral Introducción de García Pelayo en J. G. de Sepúlveda (1986).

2

De la inteligente concatenación de escenarios que encadena Chamayou se desprende que la Caza ha sido el instrumento por excelencia en el disciplinamiento de la civilización contemporánea. Y ha sido ejercida por el gobierno de los amos, por el poder pastoral, por la soberanía monárquica, por las potencias coloniales, por el poder esclavista, por la multitud dominadora (jauría) o por la maquinaria del Estado.

Con esta herencia Auschwitz no sería una sorpresa. Cuando el historiador J. Fest apuntaba que al fin y al cabo el nazismo solo podría entenderse desde las experiencias de vida individuales en las que la violencia se mamó al interior del vertical hogar alemán, está situándolo en el contexto de un paradigma que normaliza Requerimientos³, Congos, Aranas, progromos, o batidas xenófobas. Lo que muestra Auschwitz es que a diferencia de la fisicidad de la Caza en las periferias, cuando ésta opera en el centro civilizatorio lo hace con profundidad técnica y a escala cósmica, que en esencia es una variante más. Cabe, pues, pensar que la vocación de Nuremberg fue salvar al pueblo alemán de culpa al concentrarla en unos cuantos y no tanto en anticiparse a un nuevo holocausto. Ya que mas allá de la conmoción post Auschwitz solo los ingenuos auguraban una suerte de “fin de la Caza”. Por ello adquiere aquí sentido la respuesta que Chamayou propone a la pregunta ¿cómo puede seguir la violencia arcaica instalada en el corazón de la civilización?: “si siguiendo un modelo de evolucionismo mecánico y constante, establecemos que la barbarie es exterior a la civilización dejamos de captar lo que la barbarie puede tener de contemporáneo, la manera en que puede seguir existiendo en la civilización (Chamayou, p. 127)

Veinte años después de Auschwitz tuvo lugar en Indonesia una nueva matanza de masas, en la que se incluyeron variadas técnicas de Caza (1966). El antropólogo C. Geertz estaba allí para contarlo, fue testigo de cómo en pequeñas islas del archipiélago la gente que se sabía condenada a muerte, y sin escapatoria alguna, esperaba con fatalismo resignado el desembarco de las milicias de asesinos que venían a degollarlos. Querían que la cosa fuera rápida para acabar con la angustiada espera. Había islas donde los mismos civiles mataban a otros civiles al estilo jauría (“varios cientos de miles de personas fueron muertas, principalmente aldeanos por otros aldeanos”, Geertz, 2003:240). Su excentricidad geográfica no puede ocultar que las matanzas en Indonesia estaban relacionadas

³ El Requerimiento era un texto en latín leído a los indios en el que por mandato divino serían esclavizados si no aceptaban la evangelización

con las disputas geopolíticas entre potencias, es decir eran en parte consecuencia de un conflicto a escala global. Para asegurar el poder del general Suharto en Indonesia, tras el golpe de estado al nacionalista Sukarno, fue necesario que murieran cerca de un millón de personas, la mayoría miembros del Partido Comunista (El PCI había obtenido en las elecciones anteriores cerca del 40% de votos). A cambio Estados Unidos consiguió un aliado en la retaguardia del sureste asiático, que permitió el despliegue bélico a gran escala en el escenario de Vietnam.

Después de Indonesia nos referiremos a tres experiencias, quizá las más desalentadoras dada su ubicación en el espacio y su instalación en el tiempo. Los Balcanes, Ruanda y Colombia, tres continentes. Y un tiempo que unifica dos siglos (1990/2010), es decir un pasado que se hace presente anticipando la probable rutina en el algoritmo Caza. A la escritora croata S. Drakulic, observadora cotidiana en las sesiones del Tribunal de La Haya sobre crímenes en la ex Yugoslavia (como antes lo fuera H. Arendt en Jerusalén), seguía martilleándole la eterna pregunta ¿cómo es posible que gente normal se deslice hacia un abismo de sangre? De políticos encallecidos sentados ahora en el banquillo (Milosevic o Karadzic) o de matones de profesión (Arkán o Gotovina) todo era de esperar, pero frente al rostro afable del joven Goran Jelusic sentía la misma perplejidad que antaño atormentó a Primo Levi. Jelusic, con apenas 25 años había sido un activo organizador en la Caza de presos para Srebrenica (8000 víctimas masacradas en julio 1995) y un asesino conciencizado en la comisaría de Brko y en el campo de internamiento de Luka. Al indagar en el historial y entorno del joven descubrió en su vida anterior un ser afable y servicial. Y un contexto que de alguna manera lo condujo hacia un nuevo “yo” insertado en un grupo de nueva construcción (sus compañeros milicianos) amalgamado por un odio común también de reciente fabricación. Podría ser: “yo en la escuela no sabía si era serbio, porque mi madre era bosníaca, pero una vez que decidí que lo era tenía que actuar con los míos, o ellos o nosotros” (Drakulic, 2003: págs. 83-99).

Para Cazar y matar a escala hay que odiar, esa era la reflexión de Alphonse, un asesino hutu que esperaba en una cárcel ruandesa el juicio que quizá lo condenara a perpetuidad. Como le confesaba al periodista francés J. Hatzfeld (2004) “para matar sin vacilar a tantos humanos había que aborrecer sin indecisión. El odio era el único sentimiento permitido”. Hatzfeld (2004) habló durante semanas con diez notorios verdugos hutus en la cárcel de Rilima, y sus testimonios quedan recogidos en lo que a mi juicio es el libro guía de nuestro tiempo para adentrarnos en el territorio conocido como el de la banalidad del

mal, ese en el que la Caza se convierte en rutina. “Durante cinco semanas, dice Ignace, íbamos todos los días de caza a los pantanos a rajar tutsis, ocho horas cada día” después regresaban a la aldea a cenar y beber cerveza hasta el día siguiente, “rajar (matar a machete) se había convertido en lo más natural”⁴. Una interpretación simple sería que el sacrificio de 800.000 tutsis en abril de 1994 fue el fatal desenlace de la larga cadena de manipulaciones étnicas operadas por los antiguos colonizadores al reforzar arquetipos jerárquicos (hutus/tutsis), seguido de treinta años de gobierno hutu que hizo del discurso anti tutsi el eje de su permanencia. Pero un relato más denso establece variables que lo vinculan a lo global. El general R. Dallaire jefe de los cascos azules en la Ruanda de 1994 (MINUAR) ha confirmado lo obvio, que el genocidio ruandés fue producto (por acción y omisión) del siniestro juego de potencias en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas por el dominio de la región de los Grandes Lagos (Dallaire, 2003). Clinton y Mitterrand sabían de qué se trataba porque ambos jugaban sus cartas como viejos tahúres.

3

Frente a los anteriores episodios, en parte espasmódicos, de asesinatos a escala, Colombia brinda ejemplo de cómo la violencia sostenida y calculada puede insertarse en el proceso evolutivo de una nación a lo largo de décadas. Modeló comportamientos individuales y colectivos, fue un formidable instrumento disciplinante, funcionó como palanca de un cierto tipo de modernización productiva, e incluso modeló la distribución demográfica en su expansión territorial. En la primera gran oleada entre 1948 y 1960, conocida como La Violencia, 250.000 personas, campesinas en su mayoría, fueron asesinadas por otros campesinos. Inicialmente asumió la forma de conflicto político, conservadores matando a liberales y viceversa, resultado de un modelo social piramidal regido por cúpulas que, ocasionalmente, dirimían sus contradicciones emitiendo hacia las bases mensajes de guerra⁵. Lo primero a destacar sería que por su presencia omni territorial La Violencia afectó a toda la población del país convirtiéndose desde entonces en experiencia que articularía vidas y relaciones sociales. Teniendo, además, en cuenta que fueron docenas de miles los que ejercieron como verdugos (igual que en Ruanda el hecho de que los asesinatos fueran a machete generaba un plus de fisicidad o promiscuidad verdugo/víctima),

⁴ En Hatzfeld, 2004, Testimonios de Alphonse e Ignace en págs. 241 y 50.

⁵ En un formidable ensayo, Herbert Braun ha indagado en las complejas relaciones de clientelismo en la política tradicional colombiana. Véase Braun (2004).

bajo un formato que Chamayou tipificaría de Caza jauría, es decir agrupaciones elementalmente armadas, con escasa jerarquía interna, que cazan a oponentes para matarlos en el acto⁶.

La Violencia generó resultados que se expresarían en tres recorridos. En lo político se consolidó un inmutable disciplinamiento, desde 1960 ambos partidos (Liberal y Conservador) se turnarían en el poder laminando (e ilegalizando en la práctica) las demás opciones políticas hasta hoy. Por otro lado, como fue el primero en señalar el sociólogo Camilo Torres, La Violencia cambió la geografía productiva concentrando riqueza, modernizando producción y expulsando mano de obra en el campo. Por último millones de personas expoliadas en sus propiedades y expulsadas de sus hogares se expandieron en forma de éxodo hacia la colonización de los inmensos vacíos selváticos de Colombia. En ese contexto las guerrillas (esencialmente las FARC) nacen como producto de un conflicto no resuelto (“no nos pidieron perdón” repitió siempre Marulanda), de la obturación de canales a la participación política y de la no reparación a las víctimas.

Fueron justamente las FARC el hilo de continuidad entre la Violencia y la siguiente oleada de Caza que vendría y que estalló a partir de 1985. Al comienzo aparecieron grupos civiles armados (auto nombrados Autodefensas Campesinas) para enfrentarse a unas guerrillas que para ese momento tenían presencia en el 70% del territorio, pero en pocos años estos grupos derivaron en ejércitos regulares (Paramilitares) dotados de infraestructura similar a la de las FFAA. Las FARC se habían hecho grandes porque la ausencia de Estado en buena parte del país, había empujado a los campesinos a ponerse bajo la protección de un actor armado que aseguraba paz y justicia. Pero si las FARC eran un instrumento adaptado al ámbito de las economías campesinas de pequeña escala, no lo eran tanto para la nueva economía rural que se imponía en Colombia a partir de los años ochenta, basada en la extensión ganadera, modelo que como es sabido crece sobre la hiper concentración de tierras y el despojo. El conflicto estaba servido.

El paramilitarismo, en su faceta armada, fue el instrumento de la amplia coalición que lo sostuvo: en primer lugar de los dos partidos dominantes (Liberal y Conservador) a través de sus representantes regionales, de las élites ganaderas locales, de las fuerzas armadas que los surtieron y les brindaron protección, del poder judicial que se inhibía y de unos media que fabricaban relato “comprensivo”. Pero la maquinaria gigante en que llegaron a convertirse no habría sido posible sin la presencia nuclear del narcotráfico, un nuevo actor que,

⁶ Ver el informe *La Violencia en Colombia*, de Guzmán, Umaña Luna y Fals Borda (Bogotá 1965)

si bien se puso al servicio de las élites tradicionales, entró en la Caza desplegando sus propias lógicas. Independientemente de su moderno armamento y organización técnica el paramilitarismo persiguió los mismos objetivos acumuladores de antaño usando los viejos estilos de Caza, es decir ocupar geografías, concentrar riqueza, y ejercer todo el terror posible con variadas maneras. En ese sentido, nada nuevo en la larga historia de disciplina/violencia. En veinte años (hasta 2006) 200.000 personas, aproximadamente, fueron asesinadas, tres millones abandonaron su casas y se convirtieron en refugiados internos (ahora el destino del éxodo eran las periferias urbanas), 36.000 obtuvieron el estatuto de refugiados políticos en el exterior. ¡Era otra vez la economía!, siete millones de hectáreas cambiaron de mano en un proceso de concentración, en este caso al servicio de la agro-industria, que ha hecho de Colombia la mayor plataforma occidental en el cultivo de palma africana⁷. Con un añadido: la oleada extractiva de hoy, que operan los gigantes de la minería mundial, se iba a concentrar en los territorios que fueron epicentro de la violencia paramilitar (“se facilitaron las condiciones para una segura inversión exterior” en palabras del presidente Santos).

En esta fase los escenarios de Caza habían incluido ciudades y zonas de alta concentración productiva. Barrancabermeja, ciudad petrolera del país y cuna de una densa historia sindical fue tomada y su movimiento obrero descabezado en dos semanas (2000). Como había ocurrido en Urabá, centro agroindustrial por excelencia, donde mediante masacres selectivas fue desarticulado el sindicato de bananeros (Sintainagro). O el exterminio de organizaciones campesinas con largos historiales de resistencia frente al canibalismo ganadero (Valle del río Cimitarra o Campesinos del Carare, por ejemplo). Ahora el despliegue de la violencia tuvo un marcado sentido territorial, primero se ocuparon las regiones de mayor valor agro productivo (Córdoba, Bolívar y Sucre), después las zonas de producción cocalera (motor económico para el sostenimiento de los aparatos paramilitares) y finalmente pretendieron ocupar las periferias amazónicas, tradicional santuario de las FARC. En el proceso se emplearon las más variadas técnicas de Caza, siempre precedidas de masacres de alto impacto buscando efecto terror/huida, algunas con notorio simbolismo: Mapiripán (1997) un pueblo aislado que espera la muerte durante una semana, Chengue (2001) comunidad obligada a asistir al asesinato a bastonazos de varias decenas de moradores, El Aro (1997), El Salado (2000), La Gabarra (1999) y cientos más.

⁷ Se pueden obtener cifras más detalladas en Alejandro García (2009) “Colombia y sus guerras”, en *Los crímenes de Estado y su gestión*. La Catarata, Madrid. Pgs 70/79

La guerra paramilitar acabó formalmente en 2006 cuando, acogiéndose a una benévola ley (975/05) de justicia transicional, más de 30.000 irregulares entregaron las armas. El paisaje humano de los verdugos en nada se diferenciaba al de sus víctimas, eran al igual que ellos hijos de las violencias. Y ambos, sobrevivientes y ejecutores, habían vivido otro formidable proceso disciplinante. Los civiles porque habían debido aprender códigos nuevos para sobrevivir a la selva de los hombres armados con sus nuevos objetivos, y estos porque el terror que habían desplegado acabó arruinando sus vidas, abandonados por los intereses a los que habían servido y abocados a una existencia de parias (“el apoyo que nos prometió el Estado para que nos desmovilizáramos fue mentira, nos tocó dedicarnos otra vez a lo que sabemos, a las armas” me confesaba John Javier Coy, alias Christopher, asesino paramilitar desmovilizado en Puerto Boyacá, 2008). Efectivamente, en Colombia la violencia organizada no ha acabado, ha adquirido una dimensión más horizontal, resultado de su atomización operativa, con el surgimiento de grupos (con tendencia a federarse) conocidos como BACRIM, son los Rastrojos, Urabeños o Águilas Negras. Y las cifras de los últimos seis años indican su enquistamiento, Medellín sería el ejemplo de “una ciudad que progresa a la par que el crimen organizado”⁸.

4

El paradigma Medellín, simbiosis entre violencia y normalidad productiva, tendría una réplica exacta, a escala ampliada, en el México de nuestros días. Si lo examinara con detenimiento, G. Chamayou confirmaría que México es en este momento el banco de pruebas donde se confirman, tanto las diversas modalidades de Caza, como su soporte ontológico y sus representaciones icónicas. Por supuesto que la ola de violencia, que arranca en 2007 y que tiene a la frontera norte como epicentro, ha puesto de manifiesto patologías estructurales incubadas durante décadas: corrupción institucional, violencias soterradas y exclusión social. Con una particularidad del tiempo: la fabricación de una novedosa gramática del terror que busca explícitamente disciplinar a la ciudadanía en la aceptación de un nuevo orden.

Efectivamente la violencia de hoy, asociada al narcotráfico, comenzó en la frontera con Estados Unidos para después expandirse al resto. Su precisa ubicación de inicio nos remite a la conexión con lo global, de ahí que Ch.

⁸ Los portales verdadabierta.com y cinep.org son dos excelentes observatorios sobre las nuevas bandas en Colombia y los índices de criminalidad

Bowden⁹ titulara muy acertadamente su libro *Ciudad Juárez y los campos de exterminio de la economía global*. Y no solo porque la frontera era el paso natural norte/sur de la droga, sino porque un voraz capitalismo caníbal, bajo la apariencia, aquí, de maquila industrial, había devastado previamente los tejidos de la relación social. Las deslocalizaciones industriales operadas por las empresas globales convirtieron a Juárez en un emporio de empleo (sub empleo) y magneto inmigratorio durante los años noventa. Pero de la misma manera la convirtieron depósito de desempleo (y una bomba social) cuando levantaron empresas y las trasladaron a Bangla Desh o Paquistán¹⁰. Sería en esta bolsa de marginación y frustración donde las organizaciones criminales encontrarán su “masa disponible”. Y ese fue el esquema que se repitió en el resto de ciudades fronterizas (Tijuana, Matamoros o Nuevo Laredo)

A diferencia de Colombia, donde las organizaciones criminales ha tendido a camuflarse como actores del conflicto armado nacional (no olvidemos que grupos paramilitares como las AUC, bajo la coartada de la guerra anti subversiva eran en realidad organizaciones mafiosas recicladas), en México los actores del crimen desprecian cualquier justificación de índole religiosa, étnica o política. Su razón de ser, y así lo hacen ver, es la conquista de dinero y poder mediante una acción expedita y lo mas mortífera posible. Un arquetipo de ello serían Los Zetas que proceden, no de áreas remotas del México profundo donde las violencias eran una experiencia de vida, sino que nacen como proyecto ideado en el ámbito urbano para conquistar territorios e imponer un nuevo orden, su orden, a través del crimen. Organización piramidal con cúpula de mando militarizada y cientos de franquicias a las que controlan con la ley del hacha. Surgidos como subproducto militar del narco lo han trascendido para diversificarse en múltiples facetas criminales y empresariales: controlan el menudeo, cobran impuestos vía extorsión, tienen una lucrativa sección de secuestros, asesinan por encargo, masacran a inmigrantes centroamericanos que no pueden pagar su rescate. Crimen en estado puro que a su vez redistribuye capital en políticos, policías y

⁹ Bowden, Charles (2010) *Murder City: Ciudad Juárez and the Global Economy's New Killing Fields*. Nation Book, New York 2010

¹⁰ Jusidman, Clar y Almada Mireles, Hugo (2007) *La realidad social de Ciudad Juárez* (2 vol). Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

abogados que acaban incluidos en la red con el objetivo de instaurar un gobierno paralelo. Lo que Grayson y Logan llaman una “zetanización” de México¹¹.

El crecimiento de la pobreza y la exclusión, mas el quiebre institucional y la impunidad, sería el caldo de cultivo propicio para que este tipo de organizaciones realizara un trabajo callado y eficaz, reclutando un ejército de jóvenes empobrecidos y resentidos que ofrecen su único valor: “correr riesgos”, un capital codiciado por el crimen organizado, a cambio de reconocimiento, pero también de identidad y seguridad. La antropóloga Rossana Reguillo ha contribuido a dar cierto sentido a lo que en apariencia es ininteligible. Según ella mas que de violencia habría que referirse a “gramática de las violencias”, pues esta no puede ser enunciada en singular ya que son múltiples sus formas y lenguajes. Es decir que a pesar de su exhibición, la violencia del narco es una mas de la galaxia de violencias que habitan México, la doméstica, la del machismo criminal, la exhibición impúdica de riqueza, la derivada de la corrupción en todos los ámbitos de la institución pública, la de un ejército corrupto y represivo, la de una policía al servicio del crimen. Por tanto, no se trata de un fenómeno exterior a lo social, “está dentro, aquí, dando forma y constituyendo eso que llamamos sociedad”. La novedad en este caso es el mensaje de su ergonomía, lo que Reguillo llama violencias disciplinantes, o pedagogía del miedo. “Es decir aquellas que despliegan los signos de su poder para marcar sobre cuerpos y voluntades, el designio de su propia racionalidad. Someter por miedo, mediante una caligrafía brutal que señala un poder total. Los códigos narcos operan bien esta economía simbólica: te martirizo a ti para que otros entiendan el lenguaje. Se puede constatar la estrecha relación entre estas violencias disciplinantes y la necesidad de los jóvenes de construir sus biografías en contextos de mayor estabilidad, con certezas de lugar, lealtades y solidaridades, garantías (aunque sean inestables) y reconocimiento. Cuesta aceptarlo pero el narcotráfico es capaz de ofertar todo esto”¹².

De ahí que la violencia haya emergido como lengua franca en el momento en que colapsan el lenguaje convencional, los sistemas de representación y las instituciones, transformándose en narrativa que todos entienden, en la que otros se expresan y a la que las fábricas semióticas han contribuido a normalizar. Un

¹¹ George Grayson y Samuel Logan han escrito la mas exhaustiva narración sobre Los Zetas en *The Executioner's Men: Los Zetas, Rogue Soldiers, Criminal Entrepreneurs, and the Shadow State They Created*. Transaction Publisher, New York 2012

¹² Rossana Reguillo “Juventud en exequias: violencias, precarización y desencanto”. *Conspiratio*, N° 14, 2011

ejemplo de ello sería el relato de la violencia que producen los media, donde se observa una suerte de narcisismo narrativo que los lleva a recrearse en detalles no trascendentes pero de impacto literario. Resulta significativo, por ejemplo, la ridícula minuciosidad al reseñar los hechos de violencia: modelo y año del auto implicado, calibre de la munición, tipo de armas usadas o marca de ropa de las víctimas, desinteresándose de lo esencial: quien y cual era el pasado de la víctima. O la rutina banalizadora de los sucedáneos lingüísticos que convierten al asesinato en “ejecución”, al secuestro y desaparición en “levantón” o a los decapitados en “piñatas”.

El volumen de víctimas en los últimos seis años (probablemente cien mil) no podría ser encajado socialmente sin la fabricación de un “chivo expiatorio”. Según ello las víctimas serían los malos, los narcotraficantes criminales, ante lo cual la población sana nada tendría que temer. Narración apaciguadora que ha funcionado con éxito en una fase inicial, pero que hoy muestra profundas fallas, porque las evidencias indican que quienes mueren no solo son delincuentes o policías, son albañiles, estudiantes, agricultores, empresarios o políticos locales. Y quienes matan (y sobre todo mandan matar) defienden intereses económicos, políticos o privados, con el crimen como instrumento para conseguir objetivos. Todo apunta a que (recordemos Colombia) en México la violencia ha llegado para quedarse. Y una premonición: la Caza puede convivir, sin plazo de finiquito, en el corazón de sociedades con apariencia de prósperas y con el aval de poderosos aliados políticos. No es casual que los dos ejes estratégicos de Estados Unidos con América Latina tengan como contraparte a Colombia (Plan Colombia) y México (Iniciativa Mérida)

BIBLIOGRAFÍA

- Braun, H. (2004): “Aves de corral, whisky, toallas y algo más: Colombia entre el recuerdo y el olvido,” in *Revista Numero 38 (2004). Separata Especial*. <http://www.revistanumero.com/40sepa.htm>
- Dallaire, Romeo (2003): *J’ai serré la main du diable. La faillite de la humanité au Rwanda*, Libre Expression, Montreal.
- Geertz, C. (2003) *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.
- Hatzfeld, Jean (2004) *Una temporada de machetes*, Anagrama, Barcelona.
- Hochschild, A. (2007): *Les fantômes du roi Léopold : la terreur coloniale dans l’État du Congo, 1884-1908*, Tallandier, Paris.

Drakulic, Slavenka (2008) No matarían ni una mosca. Criminales de guerra en el banquillo. Global Rhythm, Madrid.

de Sepúlveda, J. G. (1986): Tratado sobre las causas justas de la guerra contra los indios, FCE, México

Pineda Camacho, R. (2003): La Casa Arana en el Putumayo. El caucho y el proceso esclavista, Biblioteca Virtual Banco de la República, Bogotá

Alejandro García
Universidad de Murcia